

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 7. 21 de julio 1984

SUMARIO

Alas de cisne para Dobumba, por Francisco Payo (pág. I)
Mi libro favorito, por Enrique Trogal (pág. II)
La Mantis religiosa, por Gonzalo Payo (pág. III)
Comics: Al otro lado del universo, por F. Blázquez (pág. IV)

Dos Payos en "La Mujer Barbuda"

Hoy se cuelan y se enredan en las cuidadas barbas de "La Mujer Barbuda" dos payos de cuidado. Los dos son suficientemente conocidos en estos recintos imperiales. Los dos tienen buen talante, buena leche y... muy fructífero oficio. Francisco (Payo núm. 1) nos deleita con un párrafo-salsa, muy veraniego, de

impecable factura, totalmente en consonancia con la calidad de la ya, copiosa obra, de su autor. Gonzalo (Payo núm. 2) inserta su "mágico" cuento "La mantis religiosa" en la sonada y oportuna sección "Los folletines de La Voz del Tajo".

Alas de cisne para Dobumba

Pegaba sellos. Internacionales. Con un pegamento vinílico, no tóxico, pegaba sellos multicolores y distintos unos de otros. Primero uno de Katar.

—Es precioso, Felicia. Felicia, temblándole el pulso, un pito muy fino en la garganta, arrastraba un bonito sofá estampado.

Luego un segundo de Burundi.

—Este es un sello importante. Los coleccionistas viscerales asesinarían sólo por contemplarlo junto a una palmera, en una noche tropical.

Felicia se esforzaba por colocar el sofá en el centro de la sombra triangular del cedro.

El tercer sello se había originado en Maldivia.

—¡Bonito de verdad, Felicia! ¡Míralo! ¡Sensibilízate! ¡Que

tu cuerpo se cimbre por la emoción del instante!

Felicia volcó en el aire una extraña sonrisa, movió, contoneándose, las caderas, entró en la vivienda y segundos después retornó al jardín haciendo rodar una alfombra enrollada que, trabajosamente, extendió a los pies del sofá: sobre un lecho de hierbas tibias.

—Muy rica esta horchata, mi amor. ¡Tu horchata!

Un decilitro de sudor se desprendió bruscamente de entre los cabellos de Felicia, y mojó su nariz, y le saltó por los labios, y recorrió el tubo blando de su cuello, y, finalmente, formó un charquito caliente en un milagroso hueco de su sujetador bis, por lo de dos.

—¡Qué sensación más delirante!



—¿Te diviertes, carnes mías?
—Una lengua de tacto erótico ha humectado mis pechos, que son tuyos.

—Que son míos.

—Por siempre. ¡Me haces cosquillas! ¡Ráscame!

—La China Nacionalista.

—Morboso.

—Se me ha perdido el sello de la China Nacionalista.

—Yo no lo tengo.

—¡Jurámelo!

—Regístrame.

Y en menos tiempo que el dedicado a decir "galvanizador-mundicolorlor", Felicia dejó caer el vestido y ropa interior sobre un círculo de césped añejo.

—¡Tápate esas carnes sexuales!

—Imagínate monja del siglo XVI.

—¡Quiero mi China Nacionalista!

—Permito que me zahieras con tu disciplina.

—¡Necesito mi sello!

Gritaba y gritaba Amaro, su-

(Pasa a la Pág. II)

Re-lecturas

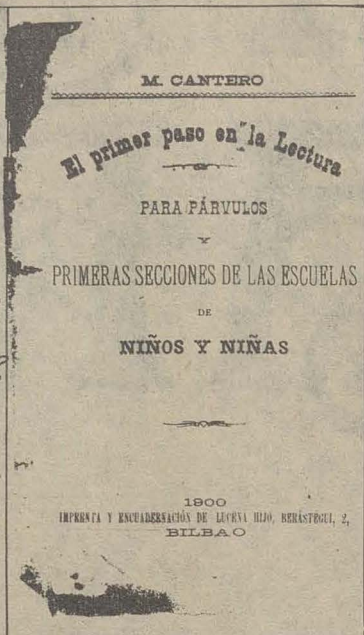
Mi libro favorito

Porcía ofrecía tres cofres a sus pretendientes, de oro, plata y plomo respectivamente, pero sólo uno de ellos contenía su libro favorito; el juego era averiguar en cuál se hallaba y qué libro sería. Shakespeare, sin duda.

Penálope leía y releía sin cesar un libro para entretener la espera mientras llegaba su marido. El libro podía ser... ¿tal vez Homero?

Oscar Wilde decía que sólo existen tres clases de libros: los que hay que leer, los que hay que releer y los que no hay que leer nunca. No menciona a qué clase perteneció su libro favorito, aunque sospecho que al tercero o al de su gran amigo Gide.

Y es una cuestión muy simple. A mí me gusta la literatura norteamericana (los países imaginarios de Bradbury, los delirios cartesianos de Poe, los misterios de Henry James, O'Neill, Melville, Anderson, Hammett, McCullers, Lovecraft, Williams, Dos Passos, Harte...) y la inglesa, de Marlowe a Durrell, con sus más y sus menos en medio, que va de las cumbres borrascosas y el remanso de John Donne al perro de Virginia Woolf y su Orlando. No puedo decir lo mismo que la francesa, que sin Rabelais, Genet



y los simbolistas me aburriría admirablemente (Simenon no era francés, como la Yourcenar). Y no soporto la alemana salvo cuando sale en escena o compone himnos a la noche y la locura.

¿En qué lengua escriben sus libros Hoffman y Elias Canetti, Schiller, Mann y Büchner?

Me apasiona Ana Karenina y los poetas grecolatinos, épicos,

líricos o dramáticos, igual que los artistas medievales: cínicos juglares, trovadores galantes, refinados cortesanos, deleitosos cantores musulmanes de las orillas del Mediterráneo. Ludovico Ariosto era un fabulador portentoso, el Aretino un azote divertidísimo y Cavafis un griego admirable educado en inglés. Me asombra el prodigioso idioma de

Carpentier y su mundo de tiempos cruzados, envidio los hermosos infiernos de Yukio Mishima y amo a Cernuda, que es la poesía. Cien años de soledad me fascina y Kafka es el terror. Pero de Garcilaso a la regenta, ¡cuánta maravilla! Me emociona un puñado de versos de Neruda y me rindo ante Quevedo todo, y la cifra mágica del 27 y ese esplendor insuperable de la palabra. Makbara es el libro más perfecto y fascinante que he leído de Juan Goytisolo, el novelista, me hacen guiños Montaigne y Swift, tan mordaces, me llaman los cantos de Camoens y el brau de Salvador Espriu. Dante, el florentino, nos enseña eternamente su pasión y la belleza del sueño, Dostoievski y Voltaire, fugitivos, y Yeats, que sigue bogando por un mar conocido y sus presagios, oscuramente bellicosos, Molière protesta con melindre versallesco porque no se le menciona, ¡qué descuido!, y otros muchos detrás de él, mientras Papini sonríe y repasa los capítulos que le faltan a su juicio universal, mas ya no puede ser. Libros, tantos libros, tanta vida mostrada sin pudor...

Pero no puedo mentir: durante los próximos cuatrocientos años mi libro favorito seguirá siendo EL LIBRO. El de Miguel de Cervantes, por supuesto.

Enrique TROGAL

(Viene de la Pág. I)



bido en la silla de mimbre, tirando pellizcos de las nalgas de la tarde con ribetes de sol anaranjado.

Como cabía suponer, debajo de otro de Sierra Leona, apareció la China Nacionalista en sello.

Amaro, feliz, agradecido, emocionado, paladeó unos grumitos de horchata helada, con insoportable olor a chufa. Felicia, que poco antes había huido al interior de la vivienda, volvía a asomar, ocultas sus carnes por un tosco sayal que humillaba,

con su peso, la cabeza de hierba verdinegra.

¡Mirame!

Amaro soplo el lomo de una hormiga proletaria que recorría la planicie de un sello matado de Irán, la otrora Persia.

—Felicia... Perdón. Sor Felicia, deseo arrebatáros vuestra honra.

—Por favor, conde Amaro, respetad mi vientre sin luz. ¿Como habéis podido trepar hasta mis aposentos?

—Mis biógrafos lo revelarán en su momento.

—Sois un diablo.

—¡Soy el amator de las monjas torneras!

—¡Ay! Tomadme, pues, toda entera, por todas partes, en cualquier sitio. Mirad, ahí, en ese sofá de bellísimas adelfas.

—Falta la cabra. Sin cabra, no me inspiro.

Felicia mordió con ira un pedazo de estameña.

—No he podido conseguir la cabra, Amaro.

—Entonces me has hundido, gorda mía.

—Pero tengo el hábito y nada debajo; sólo la faja encorchetada.

—Sin cabra no me sitúo.

—¡Te enveneno, Amaro! Si ahora dices que no a mi cuerpo del XVI, te asesino con glándulas de áspid triguena.

—Imposible, amor mío. Sin cabra, no reacciono. Estoy apagado.

—¡Memo!

—Una cabra para Amaro.

—¡Ridículo!

—Con cuernos o sin ellos, pero una cabra.

—¡Bajito!

Y por aquí sonó el teléfono.

—Nos separa una cabra.

—¡Te despecho a perpetuidad!

Insistió el teléfono. Siempre insiste si insisten.

Ahora vuelvo, carnes mías, gorda de mi alma. Aunque no te prometí mucho.

Felicia, tragando zumo de histeria, fue a esperar cómodamente reclinada en el sofá, rascándose la piel de una pierna larga, abundante, lechosa, ebúnea: muy pierna.

Esperó y esperó. Y esperó y esperó. Y la espera fue muy larga.

Porque Amaro, después de su charla telefónica, salió precipitadamente de la casa, subió al autobús 8.º Cerrito-Camino Erillas-Cerrito, por Arisgotas, y viajó junto a un chacinero con olor a embutido tibio hasta la penúltima parada.

Allí, frente a un extenso pradal, en el inicio de un angosto caminito cubierto de polvo y pedruscos, le esperaba Pelegrín: nueve años, cabeza de pelo muy negro y rizado, hermano menor y único de Dobumba.

—Hola, incivilizado. ¿Cómo está tu hermano?

—Cabreado con su vida.

—Pobre imbécil. Tienes un hermano sin luces.

Los dos, Amaro y el niño, sin meditarlo y sin dar rodeos, se metieron de lleno en el estrecho camino. Y anduvieron y tragaron polvo y calor durante media legua larga.

Pelegrín, con un cordel finísimo, tiraba de una urraca que no sabía hablar pero que maldecía, sin duda por lo bajo, su suerte por haber caído en las garras de aquel infante vestido de espantapájaros y tocado con un sombrero de paja salpicado de tachuelas plateadas y mohosas.

—¿Qué dice ese pajarraco?

—No dice nada.

¿Por qué lo llevas atado?

—Es un ser inferior.

—Y muy feo.

—Sí.

Pelegrín se detuvo, cogió un trozo de sarmiento retorcidísimo y de un golpe seco disminuyó en una unidad el Censo Rural de Urracas.

—Vaya maestría acogotando. No ha dicho ni pío.

—No la he dado tiempo.

—Pobrecilla.

—Un ser inferior menos. Son bichejos sin futuro.

—Y muy feos.

—Sí.

El niño desanudó el cordel de la pata del ave muerta, lo hizo un gurrúño y se lo metió en el peto del pantalón.

Minutos después, unos cuarenta, llegaban a la casa solariega.

Un mastín de los pirineos, Lucas, les salió al encuentro ladrando y haciendo jirones la carne de la invisible tarde.

La señora Buñona, la madre de Pelegrín, con un fuelle de cuero raído le tiró un viaje al perro.

—¡Fuera de aquí, patoso! ¡Vete a cazar hurones!

Después empezó a hacer pucheros, la señora Buñona.

—¡Ay, Amaro! ¡Pobre Dobumba! ¡Qué desgracia!

—¿Cómo ha sido?

—¡La máquina segadora!

—¿Otra vez?

—Este hijo mío es una desgracia con piernas.

—¿Y ha perdido el brazo por completo?

—Le ha quedado un muñoncito en la bola del hombro... ¡El único brazo que le quedaba! ¡Qué hijo más desgraciado!

—El brazo se lo han comido

(Pasa a la Pág. IV)

Los folletines de **LAVOZ** del Tajo

Sutil realismo mágico

La realidad —se ha dicho ya tantas veces...— supera, con creces, a la ficción, lo que nos lleva a afirmar categóricamente que la "cruda" realidad es la más "caleidoscópica" de las fantasías. La demostración reside en este cuento de Gonzalo Payo Subiza, que transcribimos a continuación. En él, su autor nos va llevando hacia un momento de la más pura "magia" y sugerencia, arrancando de una prosa sencilla (en apariencia), escalonada y racional, haciéndonos, a su vez, un retrato sublimado y netamente artístico de la denostada —porque se lo merece— clase media.

La mantis religiosa (Cuento breve)

Isidora se levantó y fue a la cocina. Siempre tenía hambre al despertarse. Abrió de par en par la ventana que daba al pequeño jardín de la parcela y aspiró con ansia el aire fresco que olía a petunias y a gasoil. Se sentó en una silla al extremo de la mesa y picoteó los restos de la cena, aún sin recoger. Con la mano izquierda se palpó un lado del vientre y cerró los ojos con un leve gesto de dolor. Puso agua a hervir.

Miró por la ventana. Su fuerte anatomía se recortaba al contraluz como una estampa de Romero de Torres. Una ligera bata de cola color beige se ceñía a su cuerpo que se adivinaba desnudo, con sombras y brillos, esbelto y todavía joven.

Se soltó del pelo e hizo un mohín que lanzó la cabellera al aire, abanicando sus hombros redondos de estatua griega.

Subitamente, con un ruido de serpentina rota, penetró por la ventana un enorme insecto que le dió en la frente y se le enredó en el pelo. Isidora dió un chillido y se sacudió con la mano el cabello histéricamente. Un fuerte manotazo proyectó al insecto hacia la pared y quedó prendido en los mimbres del pequeño cesto del pan.

Era una enorme Mantis Religiosa de casi diez centímetros, color verde. Se mantenía erguida, con las patas delanteras doblegadas y agresivas, pobladas de punzantes sierras y terminadas en agudos garfios como agujones de alacrán. Se quedó quieta.

Pasado el susto y la reacción instintiva, Isidora se acercó al insecto y lo examinó minuciosamente. Tenía los élitros replegados; su cabeza triangular y sus ojos saltones y opacos le daban un aspecto de monstruo extraterrestre. Movía la boca sin cesar agitando las curvas tenazas de sus mandíbulas.

Sin pensarlo dos veces, Isidora cogió del vasar un frasco limpio de boca ancha y se lo puso encima. La Mantis intentó escapar pero resbaló hasta el fondo. Isidora cerró la tapa.

Ansuelmo, su marido, se había ido temprano a la oficina, llevándose a los niños al colegio. Isidora permanecía sola en aquel mo-



desto chalet de la Urbanización Los Castaños, próxima a la autopista de Andalucía, esperando su vuelta.

Comenzó a arreglar la casa y a preparar la comida. Era viernes y esperaba con ansia el fin de semana. Estaba harta de soledad.

Le dolía el vientre y sentía un sudor frío. Miró al insecto que parecía petrificado en el fondo del frasco y sintió ganas de irritarlo.

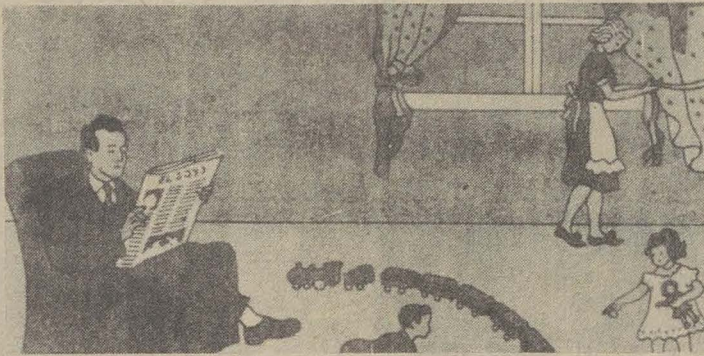
De pronto se acordó de haber visto, al levantarse, una araña de campo atrapada en la bañera. Fue a comprobarlo; allí estaba. Se sonrió complacida.

Cogió el frasco donde guardaba la Mantis y fue al cuarto de baño. Lo destapó con cuidado. La araña, asustada, quiso trepar por las paredes de la bañera y resbaló dos veces. A la tercera vez que lo intentó Isidora puso el frasco debajo y la araña cayó dentro. Cerró la tapa.

Colocó el frasco encima de la televisión y encendió la radio. Se sentó en una butaca del salón y se puso a ojear una revista de modas. Los dos insectos permanecían alejados, inmóviles. Sólo a pocos centímetros uno de otro, en el fondo del frasco.

A las tres y media se oyó el ruido de un coche. Entraron Ansuelmo y los niños. Comieron en silencio en la cocina y los niños se fueron a jugar al jardín.

Ansuelmo fue al salón y se puso a leer el periódico. Encendió un cigarro. Sin volverse notó



la mirada de Isidora a su espalda. Siempre le pasaba; sentía como si algo le arañase la espina dorsal. Se volvió y se enfrentó con sus ojos grises, sin expresión.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Nada.

Isidora se movió lentamente y se recostó junto a la ventana grande del salón. Tomó una de las pajitas secas del búcaro y la tronchó:

—Esta mañana te llamé y no estaba en tu despacho.

—Sí, salí un momento a comprar tabaco y tomar un café.

—Eso no es cierto...

—Ansuelmo se estremeció.

—Llamé una hora después y aún no habías regresado... Y tampoco Rosa. Me lo dijo el ordenanza.

—Bueno, es que me entretuve un poco porque me llamó José Luis, para que viéramos juntos unos créditos...

—¿Y Rosa?

—Pues no sé. Habría salido también...

—Contigo...

—Ansuelmo se agitó en el sillón: —Ya empezamos...

—¡Naturalmente...! O es que te crees que soy idiota...

Isidora estaba tensa. Apretó los dientes y murmuró en voz baja:

—Todos los hombres sois iguales: unos sinvergüenzas.

Ansuelmo hizo como que no la oía y siguió leyendo sin conseguir fijar la atención. Sentía la mirada de su mujer recorriéndole los recovecos de su cerebro.

—¡... y yo aquí, hecha una imbécil!

—Vamos mujer... no me amargues el fin de semana, que estoy tronchado.

Isidora se aproximó a la cocina francesa del salón y vió el atizador junto a las grandes tenazas y el rastrillo. Ordenó cuidadosamente el conjunto. De pronto se sintió invadida por una ráfaga de ira.

Alzó la mirada y vió el frasco sobre la televisión. Miró fijamente la cabeza inexpressiva de la Mantis, con su cuello largo y sus ojos opacos. La araña no se movía. Isidora vió como la Mantis giraba lentamente la cabeza y miraba a la araña, de gruesas patas, como si la descubriera por primera vez. De repente alargó como un rayo sus manos plegadas y la atrapó, estrujándola contra su boca. Sus mandíbulas curvas se clavaron en el cuerpo blando de la presa. Las patas de

la araña se movían con espasmos frenéticos. Su aguijón buscaba inútilmente el cuerpo de la Mantis...

Ansuelmo se levantó.

—Me voy a echar un rato.

Isidora le siguió al dormitorio y se puso a rebuscar algo inconcreto en los cajones de la coqueta. Ansuelmo cerró los ojos.

Isidora se sentó a los pies de la cama:

—Si te has creído que no me vas a escuchar, estás listo. Haces como tu madre cuando no quiere oír las verdades. ¡Todos sois iguales...! Como tu hermano...

—¿Qué pasa con mi hermano?

—De sobra lo sabes. ¿Te ha devuelto el dinero que le prestaste el mes pasado...? Ni te lo ha devuelto, ni te lo devolverá. Se lo gastará en furcias... y tú, como un idiota, pagando los caprichos de tu hermanito. No, si en eso todos los hombres os protegéis... ¡Asquerosos...!

Ansuelmo se puso de lado y pasó un brazo por encima de la cabeza. Isidora se volvió bruscamente.

—Mira no te burles... que no sé lo que hago ¿eh? .

—Pero bueno, ¿qué demonios te pasa hoy? . A ver si al final me voy a enfadar en serio y va a ser peor...

—¡A mí no me amenazas... ¿eh? que te estampo el jarrón en la cabeza! .

Isidora asió fuertemente una porcelana y la levantó unos centímetros...

Ansuelmo se sentó en la cama y sumergió la cabeza entre las manos. Sabía que cualquier enfrentamiento violento sería el fin del matrimonio. O algo peor.

Se levantó.

—¿A dónde vas?

—A llamar por teléfono...

—¡A Rosa! .

—¿Qué Rosa, ni qué...! Voy a llamar a tu madre que me encargó el otro día que viera como iba lo de su pensión.

Isidora le siguió al salón. Al pasar junto al televisor miró de reojo al frasco. De la boca de la Mantis Religiosa colgaban, como un pingajo, dos o tres de las patas de la araña. Los ojos de la Mantis habían cobrado un extraño brillo. Ansuelmo fue hacia el teléfono, pero no lo descolgó.

—¡Me voy...! —dijo.

Isidora se adelantó y antes de que llegase a la puerta de la calle la cerró de un tremendo portazo. Un pastelón de yeso cayó al

suelo y se estrelló con un ruido sordo.

Ansuelmo levantó el brazo con ademán agresivo. Isidora le miró descompuesta y se adelantó hacia él respirando con violencia. Sus ojos tenían la fiera de un tigre.

Ansuelmo, corpulento, dudó por un momento sin descargar la potencia de sus ochenta kilos sobre aquel rostro lleno de ira.

Bajo el brazo.

—¡Bendito sea Dios...! —dijo—. Y se dió la vuelta pausadamente.

Isidora le siguió desafiante.

—¿Por qué no me pegas? ¡Pégame, anda! ¡Si lo estás deseando...!

Ansuelmo se encerró en el water. Se sentó en la tapa de la taza y contempló su rostro en el espejo. Tenía ojeras y le había crecido la barba. Su mente estaba en blanco. De lejos oía las voces de los niños jugando con los hijos de los vecinos. Sobre el lavabo vió una cuchilla de afeitar y pensó en Séneca.

Cogió la cuchilla y lavó los bordes que aún tenía un poco de jabón pegado. La metió en la maquinilla y comenzó a afeitarse lentamente.

—Abre— era la voz de Isidora. Ansuelmo se estremeció y su mano hizo un movimiento nervioso. Un hilillo de sangre roja empezó a abrirse camino en su rostro enjabonado.

Con forzada serenidad corrió el cerrojo y entreabrió la puerta. Isidora llevaba en la mano el cuchillo de mango de madera de la cocina.

Instintivamente Ansuelmo se echó a un lado.

Isidora, con naturalidad, penetró en el cuarto de baño y abrió el armarito blanco. Cogió una bolsa de compresas y aclaró:

—Me acabo de poner mala...

Y salió pelando una patata que llevaba en la otra mano.

Ansuelmo se quitó el jabón de la cara y la siguió a la cocina. Al pasar por el salón vió el frasco. La Mantis Religiosa, sola, le miraba con sus ojos saltones, inexpressiva.

—¿Y este bicho que hay encima de la televisión?

—¡Ah! Un insecto que ha entrado esta mañana por la ventana, pobrecito. Suéltalo.

Ansuelmo abrió la ventana. La Mantis arqueo los élitros verdes y extendió sus alas membranosas. Se perdió volando tras el seto.

Isidora se acercó a su marido y le dió un beso apretado, sensual. Le sonrió con dulzura:

—Esta noche, cuando se duerman los niños, salimos a cenar y luego si te apetece nos metemos en una discoteca.

Ansuelmo encendió un cigarro y se sirvió un whisky. Abrió el periódico y comenzó a leer los titulares. Uno pequeño decía: "La tensión premenstrual, posible atenuante en el nuevo Código Penal".

Gonzalo PAYO SUBIZA
(Sismólogo)

(Viene de la Pág. II)

los cerdos —quiso apostillar Pelegrín.

— ¡Los muy marranos!
— Sí, Amaro: unos puercos. Pero eran animales. Ayer los matamos, a los nueve. ¡Pobre Dobumba!

La señora Buñona, con dos puñaditos de lágrimas atravesándole la cara "maquillada" de hollín, acompañó a Amaro hasta el dormitorio del primogénito desbrazado.

— ¡Anímale. Está como ido. No come; no bebe; se ríe como un alucinado sacando la lengua al tractor y hace sus necesidades subido en la verja del balcón, orientado al maíz.

— Dobumba me estima. Le haré razonar.

— Dile que los cerdos ya están muertos y vendidos en el Mercado de Mayoristas.

Amaro besó, buscando un huequecito limpio de hollín, la frente de la afligida madre y seguidamente se introdujo, con ágil delicadeza, en la habitación ocupada por Dobumba.

La víctima desbrazada, cubierta de vendajes hasta el cuello, estaba echada, las piernas en arco, encima de la alta cama de metal.

— ¡Hola, Dobumba.
— Ya es hora, ¿no?
— No sabía nada. Tu madre me acaba de llamar por teléfono.
— Amigos... ¡Boñigas de vaca para mí!

— No te estrelles conmigo.
— ¿Qué me dices de mi situación?

— Trágica.
— ¡Dos brazos en un año! Y no crecen, Amaro, como el rabo de las lagartijas.

— Te acostumbrarás.
— Ni lo sueñes.

Dobumba dio una patada a la silla de nogal. Un quinqué cayó al suelo y se hizo añicos, cubriéndose las baldosas de brillantes y puntiagudos cristallitos.

— Ahora córtate un pie.
— No te burles, Amaro, que soy capaz de perseguirte a mordiscos.



— Cálmate. No seas asno y recapacita. Tienes que alimentarte; y no está bien que hagas equilibrios en el balcón a la hora de defecar.

— Cago como quiero. ¡Y quiero mi brazo! ¡Quiero, sobre todo, la mano de mi brazo!

— Rebuma, Dobumba; sigue rebuznando.

— Tienes callos en el alma, Amaro.

— Soy tu amigo.

Silencio en la habitación, en el mundo, por encima de las estrellas. Se oyó el aleteo de algunos vencejos. Luego el estornudo de un tractor llenó el aire de un viril olor a carburante consumido, hecho humo.

Después:

— Demuéstramelo.
— ¿Cómo?

— Llevo dos semanas sin masturbarme.

— ¿Y pretendes que yo te alivie?

— Eres mi amigo. Acabas de presumirlo. Yo no tengo brazos ni manos.

— ¡Vete a la mierda, Dobumba!

— Son dos semanas, Amaro: ¡atorce días sin intimidad! Compasión, Amaro, ¡eres mi amigo!

— No te oigo, Dobumba.

— ¡Felón!

— Habla más fuerte.

— ¡Perchufero!

— Sordo, me he quedado sordo. Adiós, Dobumba. Me urge un otorrino de bata inmaculada.

— ¡Cabestro!

— Sordísimo. Ni siquiera me intuyo.

Y salió. Huyó, que se podría decir.

Amaro se hizo presente en el amplio corral, donde las gallinas pisoteaban lombrices de buen año, Pelegrín metía la cabeza de

una paloma doméstica en un bote con agua sucia y la señora Buñona tendía en un alambre retorcido un chaleco, para Dobumba, que babeaba detergente líquido.

— ¿Qué te ha dicho?

— Me ha pedido que le masturbase.

— Pobre hijo mío. ¿Y le has masturbado?

— No.

— Bueno, bueno. ¿Te apetece un vasito de mosto?

— No quiero entretenerme. El último autobús no tardará en pasar.

— Pelegrín te hará compañía. El muchacho dejó el bote junto a la paloma, ya ahogada, y acudió a la llamada de la madre.

— Acompañale hasta la parada. Yo voy en busca de Diamantina.

Algunas estrellas se asomaban ya por entre el ramaje de chopos y moreras, jugando a las adivinanzas, dando puntapiés a la pobretería del universo cósmico.

Amaro y el niño, mientras caminaban, dejaban tras de sí dos estelas de polvo muy áspero, masticable.

Dime, Pelegrín, ¿quién es Diamantina?

— Un especialista en el ordeño de vacas y ovejas. Tiene nombre de mujer, ¿verdad?

— Sí.

— Pues no lo es. Es un hombre alto y taheño, y tiene unas ma-

nos que parecen alas de cisne. Lo dice mi madre.

"Ahora nos damos cuenta que cargamos/ con lo que no le dimos y ya es tarde/: nos pesa y no podemos con su peso". Estos versos de don Pablo Neruda brotaron, como truenos repentinos, de la cabeza de Amaro.

El autobús no podía tardar mucho. La noche caía.

Francisco PAYO
(Historias de Amaro.
En Primavera)

LA MUJER BARBUDA

Dirige:

José Antonio Casado

Coordina:

Damián Villegas y

Amador Palacios

Diseño de Cabecera:

Aula de Publicidad

de la Escuela de Artes

de Toledo

Correspondencia: Redacción

de Toledo de La Voz del Tajo,

Barrio Rey, 9



GUIÓN Y DIBUJOS: F. BLÁZQUEZ



MIRE LAS PRUEBAS:



(CONTINUARA)